

FORO

DA TERRA GALEGA

NÚMERO 11 - ANUARIO 2013



Celanova, piedra y poesía

El Foro estrena menú
... y de segundo, "Galo de curral
de Vila de Cruces"

Entrevista con Ester Eiros:
la aventura de una apasionada
periodista y viajera

MERCEDES ARMESTO

GALLEGA DEL
AÑO 2013 EN
CATALUNYA



www.forodaterragalega.com

FORO

DA TERRA GALEGA

NÚMERO 11 - ANUARIO 2013

MERCEDES
ARMESTO
GALLEGA DEL AÑO 2013
EN CATALUNYA



Celanova, piedra y poesía

Ester Eiros, periodista y viajera

Galo de Curral de Vila de Cruces

Valiño: El reloj distingue al señor

www.forodaterragalega.com

Mercedes Armesto Iglesias, "Gallega del año 2013":

"La vida es no detenerse aunque el corazón sangre"

Texto: María Ferreiro

Fotos:

Celanova, es tierra de poetas. Quizás por esa razón allí vio la luz Mercedes Armesto, que es pura poesía, entendida ésta como coraje, como pasión por cada día y por cada persona, por el trabajo bien hecho; entendida también como afecto inquebrantable por los suyos; por autoridad, cuando hace falta; por cariño, siempre.

Dueña de un verbo fluido e incontenido, no tiene suficientes palabras para agradecer a Dios y a la vida todo lo que le ha dado en bienes materiales –lidera varios negocios del sector comercial del calzado y de la restauración–, pero sobre todo, en bendiciones afectivas.

Fue una niña criada en el más humilde de los hogares, pero en el más feliz –señala– donde aprendió los valores fundamentales, que no se aprenden en ninguna universidad, que han sido su norte para agarrarse fuerte al timón de su vida y ser el centro de su universo personal.

Un universo en el que orbitan infinidad de nombres, pero los que están más cerca de su corazón y de su alma –como a ella le gusta decir siempre que habla de emociones– son los de sus padres María e Higinio, su hermana Amparo su marido Julio, su querido hijo Marcos... Y nombres de infinidad de buenos amigos y amigas que la vida le ha concedido.

Mercedes es una mujer de su tiempo, dueña de una fuerza que se alimenta de la niña que fue y que es capaz de emocionarse hasta las lágrimas cuando habla de los que ama.

El relato de un inolvidable viaje a Venezuela es el punto de partida de una conversación entrañable con una mujer que se apasiona al hablar, cualquiera que sea el tema a tratar. Con las emociones a flor de piel, explica Mercedes su amor por la naturaleza y los animales. Explica ese viaje a Venezuela, navegando por los ríos Yuri y Carrao, evocando las visitas a la laguna de Canaima, los saltos Ángel y del Sapo... Los Roques, Margarita, Caracas, Puerto La Cruz, la Hermandad Gallega. Media hora de recuerdos para la entrevistada y para la entrevistadora, que consumió en Venezuela los años de su juventud.

Así Mercedes, inicia la conversación, acercándose poco a poco a lo que de verdad importa: quién es ella, que nos va a mostrar de sí misma. Y Mercedes es la joven ourensana, de Celanova y gallega a rabiar que, con 17 años, vino a esta bendita tierra.

"Me casé el 27 de abril de 1969 y, de la mano de mi marido Julio Blanco Cendón, llegué a esta bendita tierra, con una maleta casi vacía pero cargada de ilusiones" –afirma.

¿Por qué razón eligieron Barcelona?

Porque mi marido, también ourensano de Entrambosríos, A Merca se había establecido aquí. Vino a Barcelona con 16 años y con 17 emigró a Venezuela donde vivió 10 años. Luego, en el año 67, retornó a Barcelona, donde vivían sus padres que, después de los míos, han sido las mejores personas de mi vida. Con el pequeño capital que había ahorrado se compró un taxi y un piso. Yo le conocí, en cuando fue de vacaciones a Galicia.

¿Cómo fue ese encuentro?

Yo acompañaba a mi madre a las fiestas de las aldeas a vender caramelos. En una de aquellas ocasiones, le pedí permiso para ir a bailar con mi amiga Elisa mientras no paraba la música. Mamá me dijo "si filla, ide a bailar". Entonces, dos chicos nos sacaron a bailar.

A Mercedes le divierte explicar la divertida situación en la que conoció a su marido. Ella quería bailar con el chico que le tocó a su amiga, y le hacía gestos amenazadores para que lo soltara ya, mientras se moría de rabia. Sin embargo, el destino estaba allí y se llamaba Julio.

Julio resultó un chico atractivo, recién llegado de Venezuela, delgado, con su bronceado tropical y su saber estar. Me decía que buscaba una mujer para compartir su vida. Yo era una cría de 16 años y el 28, me partía de risa y ni le miraba. En cuanto dejamos de bailar, volví con mi madre para ayudarle con los caramelos.

¿Era ese el trabajo de su madre?

Mis padres trabajaban de *caseiros* –masoveros– cuidando una finca de ganado.

La venta de caramelos, era una ayuda al hogar, aunque dura. Al terminar las romerías volvíamos a Celanova de noche caminando con una luz de carburo por aquellos caminos de entonces con las ganancias envueltas en un mandil. Al llegar a casa contábamos cada peseta y caad perras gorda para ir al día siguiente a pagar religiosamente los caramelos que habíamos vendido.



“ Los padres, aunque sean pobres, pueden dejar a sus hijos el mejor de los legados: los valores. ”

Mi querida madre era una mujer muy trabajadora, querida y respetada por todo el pueblo y honrada hasta la saciedad y aquellas ganancias nos ayudaban a subsistir, ya que éramos una familia muy humilde. Tanto que, cuando le pedía a mi madre mi plato preferido "huevos fritos con patatas", me decía "patacas as que queiras filla, pero os huevos tenos a jefa contados..." Recuerdo que cuidábamos vacas lecheras y los jefes, incluso les indicaban a mis padres los litros que debían dar las vacas a diario. Si mis padres no obtenían los estipulados, mi madre mezclaba agua con nuestra leche para darnos el desayuno. Eran excesivamente honrados. Y esos son los valores que nos transmitieron a mi hermana y a mí.

Mercedes ya apuntaba maneras. Era pícaro desde niña y supo ganarse el afecto de los dueños de aquella propiedad, que "aunque terratenientes y propietarios de comercios y de la primera caixa de Celanova del pueblo, eran buena gente" –afirma. A Don Alberto Moreiras, un hombre muy elegante le ponía una flor en el ojal cuando iba a la finca. Él, a cambio solía darle una de aquellas viejas pesetas de papel, y ella le decía con desparpajo "E pra miña irmá, qué?". Entonces le daba otra para Amparo.

¿Por qué quiso salir de Celanova?

Desde niña, las ansias de emigrar eran grandes en mi corazón y en mi alma. Tenía claro que tenía que acabar con tantas necesidades. Aunque vivía en un hogar inmensamente feliz, carecía de muchas cosas, a pesar de lo mucho que trabajaban mis padres. Eso me marcaba y de ahí nació en mí un deseo imperioso de emigrar, de buscar un futuro mejor.

¿Se sentía excluida a causa de la pobreza?

No. Siempre me sentí orgullosa de mi familia porque mi hogar estaba repleto de amor y de bondad. Los padres aunque sean muy pobres, pueden legar a los hijos la mejor herencia del mundo, que no es otra cosa que los valores. Y de eso he tenido en abundancia y mi hermana, también. Tampoco pasamos hambre, porque en las casas de labranza no faltaba nunca el plato de caldo y el bolo de pan. Otros

alimentos, eran pequeños lujos esporádicos. Cuanto tenía unos diez años, soñaba con ser rica para hartarme de plátanos.

Los plátanos, le siguen gustando con delirio a Mercedes, y evoca las piñas de plátano colgando en las fruterías de Celanova.



¿Cómo empezó a cambiar el rumbo de sus vidas?

Las cosas mejoraron al mudamos a una casa de alquiler. Mi padre empezó a trabajar en la construcción y mi madre en la cocina de los salesianos del convento de Celanova. A mis doce años, mi madre pensó que debía dejar el colegio para aprender un oficio. Eligieron la costura, que yo odiaba, pero mis padres creían que así podría ganarme la vida sin trabajar la tierra ni servir. Era su obsesión.

Así como entró en el taller de una modista de Celanova. Pero a ella lo que le gustaba era negociar. Mercedes nació para eso: "Mi pasión era que me mandaran a recados: comprar hilos, botones..., todo menos coser" –afirma. Aun así, siguió con el oficio pero empezó a trabajar también en un comercio del pueblo.

"Combinaba estas tareas con la ayuda a mi madre en las casas donde servía. Fui una niña muy trabajadora, con tal de aliviar el trabajo de mamá. Tenía verdadera pasión por ella."

Cuando la nombra, Mercedes se emociona al punto de las lágrimas. La madre es el origen de todo en su vida, el motor que la ha hecho seguir y seguir hasta la extenuación.

¿Qué era lo que la unía tanto a ella?

Me conmovía la historia de su vida que me contaba desde los siete años. Fue huérfana y no era querida. Eso, me marcó de tal manera, que me propuse mitigar su dolor. Mi obsesión por ella era tal que la llamaba constantemente y, si no me respondía, yo me enfadaba mucho y le preguntaba: "¿Por qué no me contesta, mamá?" Y ella me decía: "porque me gusta tanto escuchar "mamá", esa palabra que yo no pude utilizar". Me aseguraba que el día más feliz de su vida fue el día que nació, porque al fin podía tener algo verdaderamente suyo.

No fue una vida fácil, desde luego.

Tuvo una infancia difícil y dura. No fue feliz hasta que, a los quince años, entró a servir en Celanova, en casa de mis futuros padrinos. Las circunstancias de su vida hicieron de ella una mujer solidaria que lo daba todo. Prefería quedarse sin nada, pero no había pobre a quien no cobijase: "¿y si fuese uno de mis padres?", se preguntaba. Ese es el ejemplo que nos daba a sus hijas. Era una mano rota para socorrer al que tuviera una necesidad, teniendo ella las máximas. Trabajaba en la finca, servía en cuatro o cinco casas, luego en la cocina del convento.

Así, Mercedes se prometió a sí misma que algún día resarciría de todo su dolor. La madre, María, sin percatarse, le inoculaba el veneno agridulce del negocio. Sin embargo, nunca la hubiera querido ver apartada de su lado.

Pero usted se fue

Es que veía que allí no había futuro. En la Galicia de aquellos años existían barreras infranqueables: el rico era rico y el pobre, pobre. Y, aunque tuviera una inteligencia notable, no se te permitía traspasar esas barreras. Esa era la realidad, entonces, en la tierra que tanto amo.

Salir del colegio a los 12 años no le ha impedido llegar a dirigir un grupo de empresas.

Creo que, en la vida –no sólo desde el punto de vista médico–, son muy importantes los genes. Y yo, sin duda, heredé los de mi madre. Mi padre, Higinio, era



un buen hombre, trabajador, familiar, cariñoso, pero mi madre vivía una lucha constante enfrentando lo que fuera, para que a su familia no le faltara de nada.

Y usted lleva sus genes bien puestos.

Y además de llevar sus genes, me ha tocado vivir en un mundo distinto al suyo. Cuando vine a Barcelona con mi esposo, no lleva una etiqueta que dijera “hija del pobre” sino que era una ciudadana más. Ahí vi mis posibilidades. Supe que con esfuerzo y sacrificio, aquí podría triunfar. Y, aunque adoro a Celanova y a sus gentes –allí quiero reposar para siempre– para salir adelante debía irme de allí.

¿Cómo fue la partida?

Durísima. Lloré con amargura hasta llegar a Barcelona. Me fui sin despedirme de los míos y al salir del pueblo giré la cabeza y vi a mi madre en el convento de los Salesianos. La imagen de aquel momento no se ha borrado jamás de mi memoria. Por otra parte, me casé con Julio a los diecisiete años. Le había visto siete veces.

Mantuvimos relación por carta un año y a la séptima vez que me visitó, nos casamos. Fue mi válvula de escape.

¿Qué sintió al llegar a Barcelona?

Al entrar en la Diagonal quedé tan impactada que me dije: aquí me labraré un futuro. Al llegar, fuimos a ver a mis suegros, en el casco antiguo, y luego al piso que sería nuestro hogar en la Riera Blanca, con una gran terraza. Yo alucinaba, sobre todo, con el cuarto de baño. A la mañana siguiente, cuando Julio se fue a trabajar con su taxi me metí en la ducha y perdí la cuenta de las horas que estuve ahí debajo.

¿Cómo empezó a labrarse un futuro en Barcelona?

Tras una semana de estar aquí, sin tener ni idea, con los anuncios de *La Vanguardia*, quinientas pesetas y la dirección de mi casa, salí a buscar trabajo por Barcelona. Encontré una modista en la calle Parlamento, pero ir y venir consumía casi todo lo que ganaba, así que la dejé.

¿Y a dónde le llevaron sus pasos?

A una casa de alta costura en la calle Balmes que regentaban dos modistos. Yo parecía Heidi: pizpireta, educada y con los coloretos del pueblo. Les dije que que sabía coser, aunque era cierto a medias. Pero les caí en gracia.

Me dieron un “fardel” con cuatro abrigos reversibles. Llegué a casa y no tenía ni idea de cómo hacer aquel trabajo tan difícil, pero mi mente decía que “tienes que poder” y, tras pasar toda la noche cosiendo en la máquina que con mucho esfuerzo me habían comprado mis padres, fui a entregar las prendas: Al principio era desolador porque la persona que las recibía las rechazaba si no estaban a su gusto. Pero me fui perfeccionando hasta lograr un trabajo impecable.

Y seguí así, cosiendo y cosiendo hasta que llegué a ganar más que mi marido con el taxi. Ahí toqué el cielo. Yo le había dicho a Julio antes de casarnos: “tú tienes un coche y un piso y yo no tengo nada. Tra-



bajaré lo que pueda y más, pero no quiero que, nunca en la vida, me reproches que tú tenías algo y yo nada". Al ganar mi propio dinero, por fin pude empezar a ayudar a mis padres. Aunque mi marido jamás me pedía explicaciones, yo era incapaz de usar "su" dinero para mi familia.

Y la vida siguió rumbo al futuro...

Me quedé embarazada de mi hijo Marcos pero seguí cosiendo hasta el día anterior al nacimiento de mi hijo, en contra de las recomendaciones médicas. Con la fortaleza de los diecinueve años, tuve un "galleguiño" precioso, gracias al jamón del pueblo que me mandaba mi padre, nada de ese jamón dulce, lavado... Siempre he sido una mujer muy fuerte y

valiente: Plancho, coso, pongo azulejos, hago de electricista, cambio un grifo. Sé de obras, de jardinería... No tengo problema. No me da miedo nada, sólo Dios. Y tampoco, porque le considero mi amigo.

¿Cómo llegó a los negocios?

Era mi obsesión, porque la costura no me gustaba. Julio fue siempre mi gran apoyo. Fue un buen hombre que, al principio, supo ser el padre, el amigo y no el esposo. Con mi hijo de tres meses asistí a una subasta de locales del Patronato de la vivienda en la Barceloneta. Cuando lo conseguí me sentí feliz y exultante. Cuando llegué a Barcelona decía: si alguna vez tengo un local para montar un negocio, tocaré el cielo. Dios me hizo la

oportunidad de tocarlo tantas y tantas veces... que casi no lo creo.

¿Y por que se decidió por los zapatos?

Dos parejas amigas tenían zapatería y pensé que era una buena alternativa. Sin embargo, el primer año -1971- me sentí fracasada porque no vendía. Cuando llegó Navidad, me moría de tristeza por no poder estar con mis padres y porque el negocio no iba bien, mientras veía el resto de tiendas llenas. No podía parar de llorar y recé suplicando a Dios que me ayudara. A partir de entonces la venta se fue animó y esa tienda se convirtió en una pequeña mina de oro. No daba crédito.

Al cabo de un año compré un local enfrente. Otro crédito al banco y adelante. En la mitad de la tienda puse estanterías y en la otra tableros. Así empecé a vender helados, caramelos, chupa chups cervezas y coca-colas frías a las mujeres que iban a la playa de San Sebastián. ¡Lo que llegué a trabajar y a vender allí..! A los tres años me hice con una nueva tienda en en la Avenida Poniente de L'Hospitalet.

¿Y el negocio siguió adelante?

Si, aunque tras alguna decisión equivocada remonté y conseguí otro de mis sueños: comprar la tienda de la calle Cruz Cubierta. Cuando llevaba a mi hijo al cole en el autobús él me escuchaba decirme a mi misma: "si alguna vez tengo una tienda en esta calle, tocaré el cielo". Al salir de la notaría el niño me dijo "¡imamá, has tocado el cielo!".

¿Ha cumplido muchas de sus ilusiones?

Esa tienda se convirtió en un negocio floreciente. La guardia urbana se apostaba en la puerta a la hora de abrir por la cantidad de aglomeraciones que se formaban. Ese mismo año, 1978, me compré mi primer Mercedes para ofrecérselo a mis padres. Fue sublime llegar a las casas baratas de Celanova -donde fuimos los más felices de la tierra- con el Mercedes y pasear a mis padres por el pueblo. Mercedes es *categorica*: "Soy mandona, autoritaria y autodisciplinada y me responsabilizo de mis errores. Por lo tanto,

soy exigente –afirma. Fue así como llegó liderar una cadena de seis zapaterías –ahora son cuatro-. Mientras tanto, ha hecho incursiones en otro tipo de negocios relacionados con la construcción y con la hostelería, donde hizo historia llenando de vida la playa con los chiringuitos Blau Marí.

¿Cómo llegó a la hostelería?

Mi hijo se hizo mayor y no quería trabajar en las zapaterías. Nos quedamos la concesión del chiringuito Blau Marí que llegó a ser conocido en el mundo entero y que ha acogido a personalidades de la talla de Almodóvar o de los jugadores del Barça... Pero mi hijo era muy joven y no siempre estaba. Así que, una vez más me entregué en corazón y alma e hice de aquel lugar una mina de oro. Las playa se convirtió en un lugar lleno de magia, con imagen, con calor, con saber estar...

Mercedes adora a su hijo Marcos. Si ha aceptado ser la gallega del año es porque él la ha empujado. “Te lo mereces mami” le dijo-. Es muy difícil –asegura- que me acueste sin decirle a mi hijo “te quiero”, porque aunque es mayor, él necesita oírlo. En total sintonía, madre e hijo comparten actividades profesionales y lúdicas, como una jornada de esquí de montaña o de esquí acuático, por poner un ejemplo.

O sea que usted se hizo cargo.

Sí. trabajaba veinte horas diarias, llevaba las seis zapaterías y el chiringuito. A la vez, con mi hijo, emprendimos otras actividades hosteleras como la Feria de la Cerveza de la Diagonal, las fiestas de Gracia y la apertura de los Blau Marí 1, 2 y 3, por mencionar algunas. Llegué a trabajar tanto y Dios me ha dado tanta salud y tanta fuerza, que no tengo suficientes palabras de gratitud hacia Él.

Todo aquel esfuerzo no ha sido en vano y ha culminado con la puesta en marcha de La Taberna Gallega de Marcos, el restaurante del Port Olímpic que sigue viento en popa. Ha sido mucho lo material que he podido dar a la familia –afirma Mercedes-, aunque mi madre sólo quería que le dedicara más tiempo.

¿Se arrepiente de no haberlo hecho?

Sólo de haberle llamado egoísta porque me pedía que me quedara un día más. Y no me arrepiento de nada más, aunque siempre hay cosas guardadas en el corazón y en el alma de una mujer. Como decía la Rose del Titanic, “el corazón de una mujer esconde tantos secretos como las profundidades del Océano...”

Estas han sido las vivencias de esta mujer fuerte y entrañable, gallega de sangre, raíces y corazón, aunque profundamente agradecida a Catalunya. A esta tierra le ha dado un hijo, “un buen catalán de corazón y de alma –dice- al que le ha inculcado el amor por su tierra sin olvidar sus raíces.

Mercedes, aquella niña que salió del colegio con 12 años, es una mujer con ímpetu, con criterio y dominio del lenguaje, una mujer urbana, de su tiempo que se ha formado a sí misma devorando libros y escuchando a todo aquel que tuviera algo que enseñarle

Ha habido hambre de aprender...

Evidentemente.

Por eso su hijo se siente orgulloso...

Y yo también lo estoy... La vida me ha permitido hacer grandes y buenas amistades que me han ayudado y a las que yo también he ayudado cuando he podido. La vida es sembrar para recoger. Miro muy bien, cómo, dónde y con quién, como buena gallega. Pero cuando entrego mi corazón lo entrego con todas las consecuencias.

¿Cree que su madre se sintió orgullosa de usted?

Sí. Mucho. Atesoro sus cartas en “el libro de mi madre”. Las he encuadrado. Nos escribíamos una diaria. Me dibujaba un corazón y me escribía frases como: “mi vida, mi corazón ¡cuánto te queremos!”, *parruliña* mía, ¡Cuídate mucho!... Esos padres pobres me dejaron una herencia muy rica.

¿Cuál es el secreto de su éxito?

He hecho negocios con humildad, honradez y espíritu de lucha y sacrificio. He

intentado dar lo mejor de mí misma a mis clientes y a mi equipo profesional. Nuestros negocios son un barco en alta mar. Yo me he aferrado siempre al timón, pero sin tripulación el barco se hunde. Sin mi equipo no podría llegar a donde he llegado. Honestidad, respeto y cariño valen más que cualquier publicidad...

Es usted sentimental...

En el trabajo no perdono los errores. Mis clientes deben sentirse como en su casa, tanto en el restaurante como en las zapaterías. Ese es el secreto del éxito: hacer que no les falte de nada. Pero luego lo doy todo, como persona.

¡Qué buen ojo tuvo Julio en aquella romería...! Se llevó un gran partido

Ha sido recíproco. Tiene ganado el cielo por aguantarme a mí, porque soy mandona, autoritaria, tomo decisiones... Y él se ha dejado llevar. Yo asumo la máxima responsabilidad y él es feliz.

¿Por qué ha de ser siempre al revés?

Evidente. Creo firmemente en la mujer. Somos consecuentes, perfeccionistas, exigentes con los demás y con nosotras mismas. Cuando trabajo parece que me como el mundo, pero soy sensible, romántica y la música es mi pasión. Incluso toco la armónica.

¿Qué sueño le queda por cumplir?

Es inconfesable y me lo reservo...

¿Se conforma con sus logros?

Una buena empresaria no debe conformarse nunca. Crear puestos de trabajo, es una obsesión. La vida es no detenerse aunque el corazón sangre y sin ambición no hay progreso.

¿Qué significa para usted ser la “gallega del año 2013”?

Algo inmerecido, pero dicho esto, ya que he aceptado, será un recuerdo inolvidable para el resto de mi vida. Una vez más habré tocado el cielo.

Mercedes, el cielo, esta deseando que usted lo toque de nuevo. ¡Felicidades!

“Creo firmemente en la mujer. Somos consecuentes, perfeccionistas y exigentes con los demás y con nosotras mismas.”

